

# EL ASOMBROSO DUELO DE LONE CREECK

Filosonico



## Capítulo 1

Hartos de las fechorías de El Diablo, las autoridades de Lone creek mandaron a llamar al renombrado Frederick Black.

*Cuando llegamos al pueblo, divisamos rápidamente la cantina. El Diablo la había convertido en una especie de base de operaciones. El jefe fue más precavido que de costumbre; el maldito tenía una tremenda fama y era mejor caminar con pies de plomo. Sin embargo, el sigilo no había sido necesario; adentro, lo encontramos tendido al costado de una mugrosa litera, desconsolado, viendo cómo su amada Annie se debatía entre la vida y la muerte. Los rumores de que había sido afectada por una grave dolencia eran ciertos. Era curioso verlo así, desvalido. Observé a Frederick por un segundo y entendí que no pensaba tomar partido de aquella miserable situación; aun así, me hizo una seña sutil para asegurarse de que no disparase.*

—Aquí no —dijo el forajido—. Vayamos a otra parte.

El cazarrecompensas era llamado “el relámpago”, por su habilidad con el revólver. Y su fama no era exagerada. Desde que sus padres habían muerto víctimas de unos salteadores, cuando tenía tan solo diez años, Frederick se había jurado a sí mismo disparar un millón de tiros en su honor. Cada tarde, desde entonces, dedicaba tres horas del día solo a desenfundar, disparar y contar. Aparte de unos gastos mínimos, porque vivía una vida muy austera, el resto del dinero que obtenía por sus recompensas lo dilapidaba en balas.

A los quince años, Black podía disparar tres veces en menos de segundo y a los veinte, ocho veces en ese mismo lapso. Cada disparo rememoraba el trágico final de sus progenitores. Su codo, su muñeca y sus cartílagos se fueron convirtiendo, tarde a tarde, en una herramienta que rayaba los límites de lo que un hombre normal podría lograr. Pero fue recién cumplidos los treinta y dos cuando, efectivamente, alcanzó algo extraordinario: cada disparo, incluido el desenfunde le tomaba tan solo dos centésimas de segundo.

*Con el jefe teníamos nuestras reglas. La primera era muy simple: jamás perderemos. Por eso, si la situación se salía de control, tenía instrucciones precisas sobre qué debía hacer. Sin embargo no era justo que interviniera, ni el viejo me lo hubiera permitido. A pesar de la sombría fama del mexicano, Black jamás había perdido un duelo.*

Frente al saloon, las dos leyendas se observaron mutuamente.

—Frederick Black... es un honor —afirmó el malhechor. Su voz denotaba

una profunda tristeza.

—Si te entregas ahora, y en vista a la situación de la señorita, prometo que te sacaré con vida de Lone creek —le propuso el cazador.

Se oían rumores de que el mexicano era un fantasma. Quienes lo habían visto en duelos, aseguraban que era más veloz que la vista. Algunos atribuían sus facultades increíbles a extraños rituales indígenas.

—No sabes lo que puedo hacer, güero, es imposible que me ganes. Tal vez cuando eras joven —sentenció el mexicano—. Fuiste un caballero ahí dentro, así que, si te vas ahora te perdonaré la vida.

—Lo siento, chico, jamás he dado la espalda —sentenció Frederick, mientras un tenso silencio se apropió del lugar.

De repente, ambos desenfundaron en una centésima de segundo. El extranjero disparó primero y el viejo cazarrecompensas cayó, moribundo.

*Casi ni llegué a ver el tiro. De pronto, sentí bastante miedo. ¡Todo lo que decían era cierto! ¡El bastardo estaba endemoniado!*

Casi muerto, Frederick hizo señas de guardar algo. El diablo se acercó sintiendo pena por su rival, hubiera preferido no tener que liquidarlo.

*El jefe ya no tenía salvación, así que seguí el plan de contingencia. No había hombre que pudiera matar a esa bestia en un duelo justo y esta era la oportunidad de mandarlo al otro mundo. Cuando se acercó a Black, aproveché su distracción. Calculé que estaba lo suficientemente cerca como para no salir vivo y disparé rápidamente al montículo de tierra que ocultaba la dinamita. Los dos volaron en mil pedazos. Juraría que antes de explotar, el maldito alcanzó a maldecirme.*

*Entré nuevamente y le ofrecí a Annie mis disculpas y ayuda, pero se negó a aceptarlas. Ella me llamó monstruo.*

*Mientras me alejaba observé sus cuerpos desgarrados en la calle principal. Eran dos talentos extraordinarios, pero, al final, no hay talento en el mundo que se compare con un artero golpe por la espalda. No hay fuerza más potente que una pizca de mala intención.*

Un tiempo más tarde, el compañero de Black, John William Stone, fue bautizado el héroe de Lone creek.